

meses) de la “narradora” con Santiago Wiesner, un psicólogo, a quien conoce en uno de los burdeles y de quien en realidad no terminaremos sabiendo mayor cosa (porque el discurso de Channel nunca piensa en realidad en la vida del otro, es incapaz de salir de sí mismo), salvo que la hace “ver estrellitas”. El presunto conflicto o meollo carece del necesario fondo de una relación, de una proyección hacia la otredad del “man”, porque se reduce a que siempre se encontraron para lo mismo y fundamental, el darle gusto a una sexualidad exaltada (lo cual también es bueno).



Hasta que —y este sería el quid novelesco, pues aunque ocurre en la cronología al final de la historia en realidad es el punto de partida del monólogo— Santiago, después de cuatro meses o más de no-relación (porque ella había decidido no volver a verlo), reaparece (en realidad por casualidad) y le propone a Channel que se vaya con él para La Habana, donde él continuará estudios profesionales. Entonces viene el tremendo dilema que soporta retóricamente el monólogo de Channel frente al espejo: me voy con él o no me voy. Casi que el lector termina convirtiéndose en analista de este cuasi-idilio, en sentido estricto, de la vida urbana marginal, y de algo que tanto en lo novelesco posible como en la crónica idílica social es ya una obviedad: si continúa con Santiago seguirán, o se ahondarán los problemas; si lo olvida, todo seguirá siendo bueno. Dicho y hecho.

No existe distanciamiento, matiz ni intimidad, muy a despecho de recursos que podían haber sido explotados de

otra manera: el *doppelgänger* del espejo, la interioridad (en realidad inexistente) del personaje-narrador y la autocontemplación sensual del cuerpo desnudo y deseante. El monólogo frente al espejo, que incluso lleva a la protagonista a repasar toda su vida, carece de motivación, más allá del hecho de que su madre le haya transmitido esa costumbre, de que exista una suerte de delectación narcisista puramente sexual o de que la marihuana la haya puesto en un estado relajadito (con todos los diminutivos habidos y por haber) y lúcido para repasar su historia reciente con Santiago y su historia en general. De nuevo, suponemos en el “dilema” la coyuntura de quiebre, el momento en que en su vida se impone una decisión crucial, nunca antes enfrentada, pero nada en esa “historia” con Santiago le da soporte o relevancia a tal coyuntura, que por lo demás es una circunstancia casi cotidiana de media humanidad cuando se conoce a alguien que podría cambiarnos la vida. ¿Y cuál es el cambio, cuál el punto de crisis en esta historia? Si la relación con Santiago presentara una sustancia, una médula más allá de la cursilería del enamoramiento de otro bonito, atractivo, de palabras melosas y seductoras y... ¿qué, qué más?... No mucho más. No hay más carnadura, y de ahí que tampoco haya más personaje que el propio discurso (codificado en discurso de putica enamorada). La irrelevancia del propio personaje que parecía haber motivado el dilema, esto es, Santiago, denuncia esta condición etérea de la historia, y así como su otro y machucante se disuelve, desaparece también la propia “narradora”—protagonista, convertida en un sartal de palabritas cursis, que más bien constituyen un catálogo de socioslectos que la voz de un ser humano de carne y hueso.

Algo así como un *revival* del costumbrismo decimonónico, pero sin las distancias y la maestría narrativa de algunos de sus mejores cultores. Y aludido el costumbrismo, habría que caracterizar de igual manera *Bajo la piel de Channel* como un recurso narrativo-dramático que sirve de disolvente de lo urbano (incluso cuando el escenario es la misma ciudad) en favor de la mirada provinciana o periférica que aún vive el horror citadino



como una aventura idílica e inofensiva. Un antecedente literario en esta línea, la novela *Diana Cazadora* de Clímaco Soto Borda, de comienzos del siglo xx, avanza sobre el gag costumbrista hacia la tragedia personal y colectiva mediante la atención a la diversidad de los personajes y de los discursos y niveles literarios.

Óscar Torres Duque

Novela sin prisas

El mariscal que vivió de prisa

MAURICIO VARGAS LINARES

Editorial Planeta Bogotá, 2009, 385 págs.

EL LIBRO *El mariscal que vivió de prisa* es una novela histórica escrita en dieciocho capítulos por el periodista y exministro Mauricio Vargas Linares. Está basada en la vida del mariscal Antonio José de Sucre y Alcalá (1795-1830), nacido en Cumaná, en la entonces Capitanía General de Venezuela, de origen flamenco, por parte de padre, y malagueño, por la de la madre; fue el séptimo hijo de una extensa familia de diecisiete hermanos, nueve de ellos fruto de la unión entre el teniente de las milicias Regladas de Infantería, don Vicente Sucre y García de Urbanejo, y doña María Manuela de Alcalá y Sánchez, tradicionalmente militar y mantuana; seis de sus hermanos murieron en la Guerra de Independencia. Desde la adolescencia, a partir de 1808, cuando apenas contaba con trece años, se vinculó a la actividad militar, se formó como ingeniero militar con don José Tomás

Mires. Desde cuando llegó a Caracas fue muy activo en materia de galanteo y conquista del bello sexo, en lo que le ayudó mucho su manera de vestir, la moda y el dominio del baile.



A partir de 1810 se vinculó a los ejércitos patriotas como teniente, en los que mostró una particular destreza en lo militar. En 1812 integró la fuerza que a la carrera armó Francisco de Miranda para defender la nascente república del avance del capitán de fragata Domingo de Monteverde, que tuvo como epílogo la derrota de Miranda y su desprestigio. A los dieciocho años Sucre se hizo masón y perteneció a la logia Perfecta Armonía núm. 64, y pasó a formar parte del ejército del coronel Santiago Mariño, vivió muy de cerca la permanente rebeldía del coronel mulato Manuel Francisco Piar, ascendió a teniente coronel, en cuyo grado afrontó la arremetida española encabezada por José Tomás Boves; en septiembre de 1814 fue el artífice de una importante victoria militar en Maturrín, al término de ese año tres de sus hermanos habían muerto, el 4 de diciembre Boves fue ejecutado pero su sucesor, Francisco Tomás Morales, logró darle fin a la segunda república. En agosto de 1815, Sucre y otros oficiales del deshecho ejército patriota llegaron a Cartagena; tres meses antes Bolívar había partido para Jamaica, y la ciudad amurallada se hallaba ya sitiada. En enero de 1816 el joven teniente coronel logró huir a Jamaica, junto con Bermúdez, Soublette y Montilla, donde se reunieron en forma breve con Bolívar y continuaron luego a Trinidad, en donde se dedicó a

perfeccionar su francés, empaparse de los hechos y autores de la Revolución Francesa y afinarse en las artes amatorias.

En agosto de 1816, Sucre partió de nuevo hacia el continente, fue el único sobreviviente del naufragio del barco que le llevaba a Venezuela, logró llegar a tierra y unirse a Mariño y Bermúdez para enfrentar la guerra. Se encargó de preparar un improvisado ejército, se reveló contra la autoridad de Mariño y marchó a los llanos para unirse a Bolívar, quien emprendía entonces la Campaña Libertadora. En 1818, medió, por encargo del Libertador, para la reconciliación entre este y Mariño, la que al final se concretó en noviembre, negociación con la que comenzó el trasegar político de Sucre, quien participó como diputado, en 1819, en el Congreso de Angostura, en el que el presidente Francisco Antonio Zea lo ascendió a general de división, por sus actividades militares en el Orinoco y en los llanos de Apure, ascenso que fue ratificado unos meses después por Bolívar. Además de militar, estratega, político y diplomático, se destacó como un estricto administrador de fondos económicos pues al final de cuentas se formó como ingeniero militar. Todo ello le valió forjarse como una auténtica leyenda, de esos que rara vez se encuentran en nuestra historia, y ganarse la definitiva confianza de Bolívar, al punto que fue el negociador del acuerdo, en 1820, entre El Libertador y Morillo para adelantar una guerra entre iguales y el consiguiente Tratado de regularización de la guerra, que se selló con el encuentro, en noviembre, y el triple abrazo entre los antagonistas. En diciembre, Morillo partió de manera definitiva de tierras americanas y cinco años después la victoria patriota se consolidó en Ayacucho.

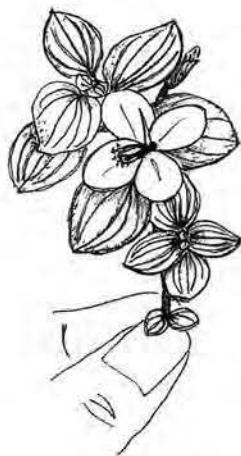
A partir de mayo de 1821, por orden de Bolívar, Sucre se encargó de la ciudad de Guayaquil, mandato que cumplió muy a su pesar pues la Guerra de Independencia se concentraba entonces en la Capitanía de Venezuela, proceso que se cristalizó el 24 de junio, en la batalla de Carabobo, en donde los ejércitos realistas fueron derrotados por los patriotas, al mando, estos últimos, de Bolívar y Páez, con lo que

se consolidó la República de Colombia. En el puerto ecuatoriano Sucre enfrentó la arremetida española, la que desde Quito y al mando del mariscal de campo Melchor de Aymerich y Villajuana, se proponía recuperar la importante plaza, que había proclamado su libertad en 1820. El general venezolano organizó y preparó un ejército, consiguió que el gobierno de la Junta provisional lo sostuviera y montó una eficiente red de espías. Luego de una victoria en Yaguachi y una derrota en Huachi, pactó una tregua con Aymerich, por un espacio de noventa días, y se dedicó a rearmar y organizar las tropas, como también a manejar una delicada situación diplomática con José de San Martín. El 28 de abril de 1822 se unió a la fuerza comandada por Sucre, el coronel José María Córdova, así como Daniel Florencio O'Leary. El 24 de mayo ocurrió la batalla de Pichincha con la que se consolidó la independencia de las provincias de Quito y Guayaquil, lo que garantizó su incorporación a la República de Colombia.



Dentro de los festejos de la celebración de la victoria en Quito, conoció a la que sería su esposa, Mariana Carcelén. El 26 de julio de 1822 se cumplió la histórica reunión, en Guayaquil, entre Bolívar y San Martín. En noviembre, Sucre partió de Quito a la provincia de Pasto para afrontar el levantamiento de los pastusos, la que sofocó a sangre y fuego. Partió luego a Lima, donde la independencia se hallaba enredada por gran cantidad de intrigas. En septiembre de 1823, Bolívar desembarcó en El Callao, y se

estableció en la hacienda La Magdalena, entre Lima y el mar, allí se encontraron los dos héroes de la Independencia, luego de cierto tira y afloje entre ambos colosos, se decidieron a emprender la independencia del Perú andino. A principios de 1824, Sucre se concentró en Huánuco y allí preparó el ejército para la guerra final y decisiva, alistó toda una infraestructura, de puentes, caminos, sitios de aprovisionamiento, etc. Una vez que unió su tropa a la de Bolívar, el 6 de agosto se dio la batalla de Junín en la que resultó derrotado el general español José de Canterac, quien se refugió con sus tropas en el Cusco. Después de recuperar una parte importante del parque militar y salvaguardar a los heridos, Sucre se separó del ejército, pero Bolívar lo convenció para que volviera y en diciembre de 1824 estaba al frente de las tropas, entre el 8 y el 9 se cumplió la decisiva batalla de Ayacucho y con ella se selló la Independencia.



A la par con los triunfos de los ejércitos patriotas en Venezuela, Ecuador y Perú, el Congreso y el vicepresidente encargado de la presidencia, concentrados en Bogotá, se encargaron de desarticular la república y echar por tierra el sueño bolivariano. Sucre, elevado en enero de 1825 a la alta dignidad de mariscal, se dedicó a administrar la paz y a preparar la toma del último reducto español: el Alto Perú. No sin renegar, avanzó hasta La Paz, luego a Oruro, Potosí y Chuquisaca, ciudad esta última donde el 10 de julio de 1825 se instaló la asamblea de las provincias, que el 16 de julio proclamó

la independencia del Alto Perú y la creación de una nueva república: Bolivia, en honor al Libertador que por entonces ya se encontraba en La Paz. En diciembre, Sucre se posesionó como presidente de Bolivia, y el Libertador redactó la Constitución, nueva tarea a la que el mariscal se dedicó con paciencia. En mayo de 1826 fue ratificado como presidente por el Congreso Constituyente, aunque en un principio no aceptó, al final lo hizo, no sin advertir a Bolívar que solo permanecería en el cargo por seis meses, pero después, en octubre de 1826, aceptó regir los destinos de Bolivia por dos años, tarea en la que tuvo que enfrentar varias dificultades, surgidas por la oposición de los bolivianos a ser gobernados por un extranjero, en lo que tuvo mucho que ver el general José de Santa Cruz. Todavía residenciado en Chuquisaca planeó casarse por poder con su prometida, la quiteña Mariana, aunque continuaba manteniendo romances con varias mujeres de la sociedad boliviana, algunas de cuyas aventuras, por lo menos dos, dieron fruto. El matrimonio por poder se cumplió el 20 de abril de 1828. Luego de un frustrado atentado, y de ser herido de gravedad, Sucre partió de manera definitiva de Bolivia, el 2 de agosto. El 18 de septiembre arribó a Guayaquil, para seguir a Quito adonde llegó el 30. Mucho trabajo le costó a Sucre acostumbrarse a la tranquilidad de la vida hogareña; la guerra le hacía falta.

Desde principios de 1829 la situación política en Bogotá era cada vez más complicada. Se volvieron a evidenciar ideas federalistas en contra del centralismo impuesto por Bolívar, quien se proclamó dictador, siendo objeto de un atentado en septiembre de 1828, por lo que fueron fusilados varios de los implicados, algunos de ellos, como el almirante José Prudencio Padilla, líderes del proceso independentista, en tanto que el vicepresidente Santander fue desterrado. Desde fines de noviembre de 1828 el puerto de Guayaquil había sido tomado por las fuerzas peruanas; de nuevo el mariscal se puso, a partir de enero, al frente de las tropas patriotas y en julio el puerto fue recuperado. Ese mismo mes nació Teresa, la hija de Sucre con doña Mariana. En Bogotá continuaban los problemas,

los santanderistas se habían convertido en la oposición, Sucre se vinculó una vez más a la vida pública en diciembre, cuando viajó a Bogotá, a tomar parte en la constituyente. Al partir de Quito dictó su testamento, el 30 de diciembre arribó a Bogotá, el 20 de enero de 1830 se inauguró el Congreso Admirable, en el que Bolívar dejó claro que su sucesor debía ser el mariscal de Ayacucho, pero para neutralizar ese nombramiento el Congreso lo envió a Venezuela en gestión diplomática ante Páez, con el fin de evitar que la antigua Capitanía se separara de Colombia; mientras que viajaba a cumplir con la misión y como Bolívar había renunciado en forma definitiva a la presidencia, el Congreso decretó que su sucesor no podía contar con menos de cuarenta años. El "catire" no quiso recibir al emisario, ni permitió su ingreso a Venezuela. En Cúcuta fue visitado por una comisión encabezada por su antiguo jefe, el general Mariño, y de la reunión quedó claro que ni los neogranadinos, ni los venezolanos, querían en el mando de la república a Bolívar o a Sucre. El mariscal partió hacia Bogotá, donde se reunió por última vez con El Libertador. El 13 de mayo, cinco días después de que Bolívar abandonara Bogotá para dirigirse a Cartagena y emprender viaje a Europa, lo que nunca se cumplió pues murió el 17 de diciembre en San Pedro Alejandrino, Sucre partió de la capital y fue asesinado, el 4 de junio de 1830, en la montaña de Berruecos, camino a Quito, constituyéndose en el primer magnicidio de nuestra historia.



Como muchas de las novelas del género, la obra de Vargas Linares es una ficción que tiene como protagonista un héroe de la historia, que obtuvo veinte triunfos en batallas, algunas de ellas decisorias, pero humano, con sus peculiares experiencias, pasiones y ambiciones. La novela logra un armonioso y equilibrado cuadro estético, y reconstruye un ambiente pretérito. Por ser el protagonista un héroe, pero fundamentalmente mártir, Sucre, de por sí un personaje de la historia, lleno de fuerza poética, la biografía novelada escrita por Vargas Linares presenta personajes que existieron y que pertenecen a la historia, el primero de todos el Libertador Simón Bolívar, José Antonio Páez, Juan José Flores, José María Córdoba, los mutuos amigos y enemigos de Sucre y Bolívar, los directos asesinos y presuntos implicados: Juan Gregorio Sardá, José Erazo y José María Obando, y recrea hechos y circunstancias de la época de la pre e Independencia, para lo que el autor traza un cuadro secuencial de acciones ilustres, individuales y colectivas, marcadas por la tragedia y, sobre todo, por la perfidia, en cuya elaboración se basó en gran cantidad de correspondencia; cita siempre el sitio y fecha, obras históricas de remota y presente publicación, biografías de Sucre, charlas con especialistas, etc.; combina las fuentes primarias con las secundarias, con visitas a los principales lugares en la vida de Sucre: Pichincha, donde se consolidó la leyenda militar; Ayacucho, sitio en el que se cumplió la batalla más importante de la Independencia, y en el que el héroe y el general Córdoba obtuvieron el punto mayor de su gloria; Berruecos, lugar del asesinato del mariscal. Cuadro muy aproximado del ciclo vital de Sucre, en el cual lo novelesco está confundido con lo histórico, sin ninguna pretensión de enseñar historia, ni cumplir función moralizante alguna, sin dejar de lado cierta "arqueología", toda vez que, sin profundizar, presenta el estilo de la época, lo peculiar de las formas de vida de las hoy repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia y Perú, en tiempos de la Independencia y la Gran Colombia, así como el lenguaje, las costumbres, la

indumentaria, la vivienda, la alimentación, las instituciones, las armas, las herramientas, etc. Los hechos, las acciones y circunstancias y los elementos "arqueológicos" que mediaron en la vida del Gran Mariscal, están correctamente enlazados de manera estética.



Según parece, Vargas Linares investigó varios años sobre la vida y la época de Sucre, contrariamente a muchos autores cultores del género en Colombia, desde el pionero, el general Juan José Nieto, hasta el presente, no cayó en el común procedimiento de citar sus fuentes históricas, como pruebas de la historicidad de su novela, aunque sí se aprecia cierta erudición. De alguna manera, el estilo y lenguaje periodístico, con el que el autor ha obtenido varios reconocimientos y con el cual ha escrito ya dos novelas, se hace presente en la narración, pues en breves párrafos cuenta la historia, anterior y posterior, de los diferentes personajes que se cruzaron en la vida de Sucre, y sintetiza los hechos históricos, nacionales y extranjeros que envolvieron la vida del mariscal; sin olvidar necesarios artificios literarios, como el de enlazar las voces narrativas de la tercera persona todopoderosa con la primera del refrán y la confesión. Por último, el título *El mariscal que vivió de prisa*, está muy bien concebido y está totalmente de acuerdo con la manera en que desarrolla la novela.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular,

Escuela Superior de Administración Pública

Ni muy histórica ni muy novela

Mar de sangre
Memorias de Cartagena
Novela histórica

ARTURO APARICIO LASERNA
Ediciones B, Grupo Z, Barcelona,
2010, 418 págs., il.

SEGÚN EL análisis adelantado en 1961 por el investigador estadounidense Donald Lee McGrady¹, entre 1844 y 1959 se habían publicado en Colombia veintiocho obras consideradas como novelas históricas, de trece autores, de muy diferente paginaje y calidad, que muestran un marcado carácter docente y no estético; todas pretenden enseñar historia sin lograrlo, y siempre debatiéndose entre ser novelas históricas o historia novelada. En un comienzo esas novelas fueron marcadamente románticas, luego pasaron a tener un énfasis realista y después modernista, transformaciones acordes con el desarrollo de la literatura y los tiempos.



Por lo general, todos estos novelistas intentan una recreación del pasado, en el común de los casos pobremente lograda, y no una reproducción fiel; de hecho, reproducir fielmente el alma y el estado cultural de épocas pasadas no es posible porque no se tienen todos los datos histórico-arqueológicos para reconstruir con exactitud

1. *La novela histórica en Colombia, 1844-1959*, Universidad de Indiana, 1961 (versión mecanografiada).